á conocer: «Arras preciosas que Mónica conser-»vaba en su corazón, y especie de promesa fir-»mada por el mismo Señor, que ella le recordaba »incesantemente en sus oraciones, á fin de ace-»lerar el cumplimiento (1).»

(1) «Absit ut tu falleres eam in illis visionibus et responsis tuis quæ jam commemoravi, et quæ non commemoravi; quæ illa fideli pectore tenebat, et, semper orans, tanquam chirographa tua ingerebat tibi.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

CAPITULO VII

RESTOS DEL FUEGO SAGRADO. — LLEGADA DE FAUSTO. — EMPIEZA Á VERSE LO QUE PUEDEN LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE. — FIN DE LA CRISIS MANIQUEA.

Años 377 al 383.

BASTABA observar á Agustín en los peligros de su juventud y en el primer ardor de sus pasiones, para conocer cuán perfectamente había visto el anciano Obispo lo que pasaba dentro de su alma. El corazón y el espíritu se habían alejado de Dios, pero no le aborrecían; algo del fuego divino se ocultaba aún en los pliegues más secretos de su conciencia; la fe había desaparecido, pero la probidad, el honor, la elevación y la delicadeza de sentimientos, el amor á la verdad y, en medio de sus extravíos, cierto pudor, llenaban su alma, y como bálsamo impedían que la corrupción se hiciese irremediable. Eran las asas, según expresión de San Francisco de Sales, por las que Dios debía coger un día esta

alma, y sacarla del caos en que andaba sumergida (1).

Háblase mucho de los desórdenes de San Agustín, pero es menester comprenderlos, y no abusar de las palabras que, más de una vez, su humildad ha acentuado. Sin duda que el corazón estaba dañado, y su voluntad enferma; pero no había descendido hasta ese desorden tan profundo de que no se sale nunca, y en que, á la vez que la educación, desaparecen totalmente el honor, la fidelidad y toda clase de afecciones. Unido inviolablemente á la madre de Adeodato (2); consagrado á este hijo que tuvo á los diecinueve años y que tanto lloró en su libro de las *Confesiones*, aunque, cual lo suelen hacer otros, pudiera muy bien haberle olvidado; y dedicándose además á trabajos ingratos que le fatigaban y entorpecían su porvenir, sólo por dar á la madre y al hijo lo necesario, «todo esto, dice muy »oportunamente Villemain, conservó la dignidad »de su alma, hasta en medio de los desórdenes que »tan amargamente se ha reprochado él mismo (3).»

(1) *Tratado del amor de Dios,* primera parte.

(2) «In illis annis unam habebam... Sed unam tamen, ei quoque servans tori fidem.» (*Confes.,* lib. IV, cap. II.)

(3) *Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV,* pág. 378.

No puede dudarse que el espíritu de Agustín, así como su corazón, estaban bastante enfermos, pero no tanto que pudieran decirse depravados. El error que había acogido, que esparcía por todas partes y del que era apóstol entre sus parientes y amigos, sólo le hizo suyo y predicaba, creyéndole verdad. «¡Oh Verdad, Verdad! cuán en»trañablemente y desde lo íntimo de mi alma »suspiraba yo por Vos, aun entonces cuando los »maniqueos me hablaban frecuentemente de ti »ya personalmente, ya también en sus libros »que eran muchos y voluminosos; pero en los que »erais sólo un sonido sin significado! Ansioso, »como estaba, de hallaros y saciarme de Vos, se »me presentaban sólo fantasmas luminosos; pero »erais Vos á quien yo buscaba, oh Verdad! yo »que tenía hambre y sed de conoceros (1)!» Y más adelante continúa: «¡Pobre infeliz de mí! »¡por qué grados fuí cayendo, hasta dar en el »profundo abismo do me hallaba! Pues yo, »Señor, á quien confieso todas mis miserias, »(ya que os mostrasteis misericordioso antes que

(1) «O veritas, veritas, quam intime etiam tum medullæ animi mei suspirabant tibi; cum te illi sonarent mihi frequenter et multipliciter voce sola et libris multis et ingentibus?... Te, veritas, esuriebam et sitiebam!» (*Confes.,* lib. III, cap. VI.)

»pensase confesarlas), con mucha fatiga y ansia, »hambriento como estaba de verdad, os buscaba, »Dios mío, con los ojos y demás sentidos del »cuerpo; y no con la potencia intelectiva, en que »quisisteis me distinguiese y aventajase á los »irracionales; siendo así que Vos estabais en lo »más íntimo de mi alma y sobre mis más ele»vados pensamientos (1).» He aquí lo que Dios descubría en Agustín: estaba adherido al error, pero en realidad no le amaba; buscaba sólo la verdad.

Es indudable que el orgullo le dominaba, que se creía con alas y ojos de águila; que quería subir y brillar; que era fanático por la gloria, y que soñaba con los aplausos del teatro y las coronas del circo, dedicadas á los vencedores en poesía y elocuencia; pero para llegar á estas alturas, jamás habría vendido su pluma, ni hecho traición á su conciencia, y mucho menos se hubiera deshonrado. «Me acuerdo, »dice, que resolví entrar en un concurso públi»co, donde habían de leerse ciertos versos que

(1) «Laborans et æstuans inopia veri, cum te, Deus meus, (tibi enim confiteor, qui me miseratus es et nondum confitentem), cum te non secundum intellectum mentis, sed secundum sensum carnis quærerem. Tu autem eras interior intimo meo, et superior summo meo.» (*Confes.*, lib. II, cap. VI.)

»había yo compuesto; y como cierto adivino me »mandase á preguntar, qué estaba dispuesto á »darle por obtener el triunfo, yo le rechacé in»dignado (1).» Y esto no impidió que obtuviese el premio, pues el Procónsul Vindiciano le coronó en pleno teatro, según todas las probabilidades hacia el año 378.

Mostraba Agustín la misma probidad y elevación de sentimientos, en el desempeño de sus deberes como profesor de Gramática y Retórica. La palabra estaba entonces muy decaída, y los sofistas habían degradado este arte sublimísimo, en el cual, para que se vea toda su belleza, ha de entrar así la virtud, como el ingenio: para algunos era un juego, para otros un monopolio, y para todos un oficio. Tal espectáculo sublevaba el ánimo de Agustín, que soñaba con que la palabra fuese lo que siempre debió ser, el órgano incorruptible de la verdad, de la virtud, de la justicia y del derecho, con frecuencia desatendidos y despreciados en el mundo; y sólo para este gran ministerio se proponía instruir y formar á los jóvenes, cuya educación le estaba confiada (2). Tal era Agustín á los veintidós años: cautivo, repetimos, del

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. II.
(2) *Confes.*, lib. IV, cap. II.

error, seducido por un amor culpable, alejado de la verdadera fe y corriendo hacia el abismo; pero conservando aún bellos restos de lo que su madre le había enseñado é infundido desde la infancia: la elevación de espíritu, la dignidad, la delicadeza, la abnegación y la fidelidad, virtudes que, si no excusan los grandes desórdenes, piden al menos perdón para el culpable, y le obtienen á menudo. «Esto, oh Dios mío, fué, dice »Agustín, lo que descubríais en mí; y en tanto »que, vacilante, recorría yo camino tan resbala»dizo, veíais Vos brillar en mi alma, como en »centro de espesísima humareda, los últimos »restos de mi probidad y honor (1).»

Santa Mónica que, en la desolación profunda á que había venido por las pasiones y errores de Agustín, vivía de la esperanza mirando con particular interés cualquier ráfaga de luz, que apareciese en el alma de su hijo, presenció por entonces una prueba nueva y más palpable del fuego santo que ardía en su corazón. La muerte inesperada de un amigo descubrió en él tan abundante manantial de lágrimas, que para los conocedores del corazón humano fué ya evidente que el de Agustín no estaba del todo corrompido; pues los desórdenes matan la sensibilidad, y quien ha

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. II.

entregado su alma á los excesos del amor culpable, no sentirá jamás los sencillos, dulces y delicados goces de la verdadera amistad.

«En los primeros años que enseñé en Tha»gaste, dice San Agustín, adquirí un amigo »que, por haber estudiado con él, ser de mi »edad y estar ambos en la flor y lozanía de la »juventud, llegó á serme muy querido; juntos »nos habían criado, juntos fuimos á la escue»la y juntos también nos divertíamos. Pero en»tonces no me era tan querido como después, »aunque nuestra amistad, añade, no haya sido »jamás verdadera; pues lo es sólo aquella que »formáis Vos entre quienes viven unidos por la »caridad derramada en nuestros corazones por el »Espíritu Santo (1).»

Después de esta declaración, hecha por el anciano Obispo al escribir sus *Confesiones*, reaparece el joven Agustín, diciendo: «No obstante, »aquella amistad era para mí dulcísima, y esta»ba sostenida por el ardor en los estudios y por las »aspiraciones que nos eran comunes: yo también,

(1) «In illis annis, quo primum tempore in municipio in quo natus sum docere cœperam, comparaveram amicum societate studiorum nimis carum, coævum mihi et conflorentem flore adoslescentiæ. Mecum puer creverat, et pariter in scholam ieramus, pariterque luseramus.» (*Confes.*, lib. IV, cap. IV.)

»aunque no entera y radicalmente, le había des»viado de la verdadera fe que seguía en la ju»ventud, y le había inclinado á aquellas false»dades supersticiosas y nocivas que tanto hi»cieron llorar á mi madre; de modo que hasta »en el error éramos iguales, y yo no podía »cosa alguna sin él (1).»

Había corrido próximamente un año, desde que Agustín y su amigo vivían en tan dulce unión, cuando se declaró la enfermedad mortal que iba á destruirla para siempre. Devorado por la fiebre, sin conocimiento, bañado ya en sudor frío, síntoma de muerte, y no habiendo ya esperanza alguna, se le administró el bautismo, sin apercibirse de ello; pues el joven, como la mayor parte en aquella época, no era más que catecúmeno. Presente Agustín al acto, dióle apenas importancia, persuadido de que un poco de agua, derramada sobre el cuerpo de su amigo, no sería capaz de borrar los sentimientos que él había inspirado en su alma. «Por eso, continúa, cuan»do yo pude hablarle, que fué en el momento que »él pudo oirme (pues no me separaba de su lado, »y mutuamente pendíamos el uno del otro), quise

(1) «Sed tamen dulcis erat nimis, coacta fervore parilium studiorum... Non poterat anima mea sine illo.» (*Confes.*, lib. IV, cap. IV.)

»burlarme del bautismo que le habían adminis»trado, creyendo yo que él también se burlaría, »pues no ignoraba entonces que le hubieran bau»tizado; pero me rechazó con horror, cual si fue»ra su enemigo, y luego, con una libertad admi»rable é invocando nuestra amistad, me prohi»bió hablarle de aquel modo (1).»

Admirado Agustín, guardó silencio y contuvo sus naturales impulsos, esperando que la convalecencia del enfermo le permitiría razonar con él á su gusto; pero Dios había resuelto librar á este joven del peligro que le amenazaba, y algunos días después, justamente cuando Agustín se había ausentado, un nuevo acceso de fiebre le arrebató la vida.

Difícilmente podría comprenderse el gran dolor de Agustín, cuando á su vuelta no encontró ya al amigo, ni las lágrimas que vertiera, ni lo profundo de su aflicción; si él mismo, para mitigar su dolor, no lo contara. «Sentí tanto »su pérdida, dice, que mi corazón se llenó de ti»nieblas, y en cuanto miraba no veía más que »la muerte. El país mismo era para mí un su»plicio, la casa de mis padres la morada más in»feliz é insoportable; y el recuerdo de lo que ha»bía tratado y comunicado con él, se conver-

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. IV.

»tía en cruelísimo tormento viéndome sin mi »amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos, »y en ninguna le encontraban; aborrecía todas »las cosas, porque en ninguna le hallaba, ni po»dían ya decirme como antes, cuando vivía y »estaba fuera de casa: espera, que ya vendrá. »Todo mi ser se había convertido en un enigma, »y preguntando á mi alma, *por qué estaba tris»te, y por qué me afligía tanto,* nada sabía res»ponder (1).»

En vano su madre procuraba consolarle, y los amigos distraerle: como no abrigaba pensamientos religiosos, que mitigaran el dolor é hiciesen más llevadera la carga, sucumbía bajo su peso. «Me acongojaba, dice, suspiraba, lloraba, anda»ba turbado é incapaz de descanso ó de consejo. »Traía mi alma como despedazada, ensangren»tada y mal avenida conmigo mismo, no sabien»do donde ponerla. No encontraba gozo algu»no ni en los bosques frondosos, ni en los ver-

(1) «¡Quo dolore contenebratum est cor meum! et quidquid aspiciebam, mors erat. Et erat mihi patria supplicium, et paterna domus mira infelicitas; et quidquid cum illo communicaveram, sine illo in cruciatum immanem verterat. Expetebant eum undique oculi mei, et non dabatur mihi; et oderam omnia, quia non haberent eum, nec mihi jam dicere poterant: Ecce veniet, sicut cum viveret, quando absens erat.» (*Confes.*, lib. V, cap. IV.)

»des prados, ni en los jardines olorosos, ni en »los banquetes espléndidos, ni en el blando lecho, »y finalmente no le hallaba, ni en los libros ni »en los versos. Todo me causaba horror, hasta la »misma luz, y cuanto no era mi amigo, érame »insufrible: todo menos el gemir y llorar, pues »en esto hallaba algún consuelo (1).»

Por esto, Agustín no pudo ya vivir donde su amigo había muerto: las calles que pasearon juntos, las plazas públicas en que tantas veces se habían encontrado, las casas de sus estudios, de sus juegos y de su pura y estrecha amistad, todo le causaba hastío. Cuando las veía concurridas, y frecuentadas por hombres de negocios que iban y venían, admirábase de que pudiera haber quien viviese, una vez muerto su amigo. «Me admiraba, dice el Santo, de que los de»más mortales viviesen, después de la muerte de »aquel á quien yo amaba como si no hubiese de mo»rir; y me maravillaba más aún de que, habien-

(1) «Æstuabam, suspirabam, flebam, turbabar, nec requies erat nec consilium. Portabam enim concisam et cruentam animam meam, impatientem à me portari, et ubi eam ponerem non inveniebam.... Horrebam omnia, et ipsa lux, et quidquid non erat quod ille erat, improbum et odiosum erat, præter gemitum et lacrymas. Nam in eis solis aliquantula requies.» (*Confes.*, lib. IV, cap. VII.)

»do muerto mi amigo, pudiese yo vivir, siendo »otro él. ¡Oh! ¡qué bien decía Horacio, cuando »hablando de un amigo le llamó mitad de su al»ma! pues yo creía que la mía y la de mi amigo »eran una sola alma en dos cuerpos; y me cau»saba horror la vida, porque no quería vivir á »medias y como dividido (1).»

Habiéndose empezado á temer por la salud de Agustín, á causa de la debilidad que le consumía, y porque pasaba días enteros llorando y alejado de sus habituales tareas; fué preciso evitarle tales emociones, y con este intento le aconsejaron que, dejando sin dilación á Thagaste, se transladara de nuevo á Cartago; en lo cual consintió Agustín, persuadido de que la variación de lugar, el ruido de una ciudad más populosa y los arduos trabajos que debería allí emprender, dulcificarían en parte su dolor (2).

Santa Mónica sufrió sin duda viendo partir á su hijo; pero se resignó, ya que se interesaba

(1) «Mirabar cæteros mortales vivere, quia ille quem quasi non moriturum dilexeram, mortuus erat; et me magis, quia illi alter eram, vivere, illo mortuo, mirabar. Bene quidam dixit de amico suo: Dimidium animæ meæ. Nam ego sensi, animam meam, et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus.» *(Confes.*, lib. IV, cap. VI.)

(2) Possidius, *Vita sancti Augustini*, cap. I.

en ello la salud y acaso también la vida de Agustín: ¿mas podría no inquietarse al verle volver á Cartago? Allí había perdido su inocencia y su fe, ¿cómo pues no temer que pudiera perder aún en ese país abominable lo poco bueno que el vicio había respetado y, como si dijéramos, los últimos restos del fuego sagrado?

Felizmente el dolor es una gran escuela, sobre todo para las almas grandes: Agustín volvió á Cartago, no digo convertido, pues aún estaba lejos su conversión; pero ni siquiera desilusionado, pareciendo, al contrario, que ideas de ambición le transladaron á aquella ciudad (1). Sin embargo, empezó á comprender la vanidad de este mundo: el gemido de Job había asomado á sus labios y empezaba á entonar el canto fúnebre que restituye la calma, apenas se cantan sus primeras notas.

Este canto abraza dos partes: la primera es triste, todo en ella pasa, todo se agosta y seca en los labios que desean beber y refrescarse; pues bien, este lúgubre canto era precisamente el que ocupaba á Agustín en su viaje á Cartago. «¡Oh Dios mío!, »decía, adonde quiera que se vuelva el corazón del »hombre, ha de tener que sufrir, si no se vuelve »hacia Vos; aunque se abrace á las criaturas más

(1) August., *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

»bellas. No tuvieran éstas ser alguno, á no haber-»le recibido de vuestra bondad: nacen ahora y »luego mueren; naciendo empiezan á ser, crecen »seguidamente y se perfeccionan; después de »perfectas, envejecen y acaban, porque todo de-»crece y todo muere. De modo que cuando na-»cen y se apresuran á ser más, la prisa con que »andan para lograr el complemento de su ser, esa »misma se dan para no ser... ¡Que mi alma, »Dios mío, no se aficione; porque ellas se van, y »el alma que las ama, queda sumergida en el »dolor!... Mas en las cosas transeuntes y pasa-»jeras el alma no puede reposar, porque ellas, »como no paran, se alejan, huyen, y ¿quién es »capaz de seguirlas con la vista, cuanto más de »retenerlas (1)?»

Tal es la primera parte del canto fúnebre: canto muy provechoso para el alma, aunque se limite á dirigir sobre el mundo una mirada triste. ¿Qué sucederá, pues, al subir más alto y llegar á la segunda parte, donde la tristeza se convierte en gozo? Sí, todo pasa, pero para volver; todo se seca, para florecer de nuevo; todo muere, para renacer y mejorarse! Esto cantaba Agustín algunos años después con elocuencia verdaderamente divina, cuando convertido, bautizado y elevado

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. X.

á altísimo amor de Dios, llegó á encontrar la verdad de la vida, y á comprender lo que la vida representa. «¡Oh alma mía! exclamaba, ¿qué es »lo que tú conoces? algunas partes del todo y »nada más. Desconoces el conjunto admirable, »del que cada criatura es una partícula, y tú te »complaces en estas partecillas. ¡Ah! ¡si conocie-»ses el conjunto y la reunión de todas ellas! Su-»pón que Dios, para castigar tu orgullo, te hu-»biera reducido á no ver más que fragmentos »de la tierra, ¡con qué impaciencia solicitarías »que lo que ves hoy, pasara pronto á fin de po-»der llegar á ver el todo! Cuando escuchas un »bello discurso ¿deseas que el orador se deten-»ga? ¿No quieres que le continúe con rapidez »á fin de conocerle por completo? Lo mismo, »pues, sucede con el mundo del espíritu, en el »que, si cada una de sus partes es hermosa, el »todo es sobremanera admirable (1).»

He aquí la gran idea que calma los dolores, y sostiene al alma en el cambio continuo de las cosas: feliz el que las mira desde punto tan alto, y si no entusiasmado, al menos complacido, asiste á esta sucesión. Pero en los tristes días de nuestra historia, Agustín no había llegado todavía á tanta altura; amargas quejas salían

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. XI.